

en la Iglesia, principalmente en el tiempo de la oracion. » La correccion que les deis será aun mejor que la oracion. Interrumpid, pues, sin escrupulo vuestra oracion para corregirles; y de este modo sereis utiles á vuestros próximos, y Dios os premiará.»

LVIII. Nada se puede añadir al elogio que hizo San Isidoro de Pelusio del Comentario de San Chrisóstomo sobre la Epístola á los Romanos. » Es, dice, el tesoro de la ciencia de este Santo; y si el mismo San Pablo se hubiera querido explicar á sí mismo con la mas pura eloqüencia de los Griegos, no me parece que lo hubiera executado de otro modo: tan admirable es esta obra en los pensamientos, en el ornato de la eloqüencia, y en la propiedad de los términos.» Aunque este elogio parece excesivo y pomposo, todos los sabios le han adoptado, y ninguno dexa de advertir en esta obra lo sublime del ingenio de San Chrisóstomo, la fuerza y elegancia de su discurso, su eloqüencia natural, y la claridad y elevacion de su estilo.

Es notable, dice San Chrisóstomo, la calidad de siervo de Jesuchristo, que siempre toma San Pablo al principio de sus cartas; porque hay muchos grados de servidumbre. Servidumbre de creacion, segun la qual dice David: *Todo está sujeto á vuestras órdenes.* Servidumbre de gracia y de fe, de la que dice San Pablo á los Romanos: *Erais antes esclavos del pecado, y ahora sois esclavos de la justicia.* Servidumbre de vida y de costumbres, de la que dixo Dios hablando de Moysés: *Moysés, mi siervo, ha muerto.* Se llama despues San Pablo: *Apóstol, por la vocacion Divina,* para enseñarnos que no buscó el este empleo, sino que le habia recibido por obedecer á Dios. Creyó que era necesario advertir que su Apostolado venia de una vocacion expresa de Dios, porque escribia á un pueblo sobervio y orgulloso, esperando disponerle de este modo, para que mejor reci-

biese su carta, como digna de fe.

San Pablo, despues de saludar á los Romanos, da gracias á Dios por Jesuchristo, porque les habian anunciado la fe. En esto nos enseña, lo primero, que debemos dar gracias á Dios, no solamente por nuestros felices sucesos, sino tambien por los de los otros. Este pensamiento nos cura enteramente de la enfermedad de la envidia, y atrae mas y mas el amor de Dios al corazon, que está reconocido vivamente á sus gracias. En segundo lugar nos enseña, que en materia de fe solo se ha de predicar lo que se ha aprendido de los mayores, sin añadir ni quitar; pues es propio del Enviado no decir sino precisamente lo que le han encargado. Por esto se llama el Sacerdote Angel ó Embaxador, porque anuncia á los hombres, no sus propios pensamientos, sino solos aquellos que le inspira el que le envia. San Chrisóstomo pondera la diferencia de los primeros Predicadores del Evangelio, respecto de los antiguos sabios de la Grecia, los quales en todo su exterior manifestaban orgullo. Un oficial de fabricar tiendas de campaña, como lo era el Apóstol, convirtió, no solamente toda la Grecia, sino tambien todos los paises mas bárbaros. Platón, con ser tan admirado, no pudo, en tres viages que hizo á Sicilia, adelantar nada sobre el corazon del Rey con toda la pompa de sus discursos.

Quando se pasan los límites que Dios ha puesto en nuestros deseos, cae el hombre regularmente en concupiscencias ilegítimas, desordenadas y absurdas; asi como se observa que los que se abandonan sin freno á su apetito, llegan tambien á comer cosas que no convienen para el humano sustento. » Tengamos, pues, dice San Chrisóstomo, siempre el temor de Dios delante de los ojos; pues quando no confiamos en esta saludable Ancora, corremos grande peligro de perdernos. Por el contrario, nada nos puede salvar

mejor, que vivir continuamente en presencia de Dios. Si la vista de un hombre nos impide algunas veces ofender al Señor, ¿qué seguridad no podremos esperar contra el pecado, si tenemos siempre la presencia de Dios!

Me decís, que no ignorais que pecais muchas veces; pero que no sentís grande pena, porque sabeis que Dios es bueno. Yo os respondo: "que la misma paciencia de Dios, que dexa sin castigo vuestras culpas por algun tiempo, y os da esa confianza, os debe hacer temblar. No usa Dios de una misericordia condescendiente, porque os sufre impunemente en el pecado, solamente os espera para excitaros á dexar quanto antes la mala vida; mas algun dia os castigará con terrible severidad, si no os convertís. Por mas que digais que Dios es bueno, tarde ó temprano habeis de conocer que Dios es justo." No se detiene S. Chrisóstomo en decir: "que no hemos de esperar á temer al momento en que Dios nos ha de castigar, sino en el mismo instante en que le ofendemos. Tambien se atreve á decir, que aunque no tuvieramos otra culpa, sino el temer mas el infierno, que perder á Jesuchristo, mereceriamos que Dios nos precipitára en él. Si amaramos con toda verdad á Jesuchristo, como tenemos obligacion, nos pareceria el mal de ofender á quien tanto amamos, mayor que los mismos castigos del infierno. Mas como no tenemos amor á nuestro Señor, no conocemos toda la extension del mal que nos causa estar privados de este amor. Solamente por obligarnos á amarle, nos amenazó con el infierno, y nos prometió su reino. Amémosle, pues, como es justo; este amor debe ser nuestro mayor premio; este debe ser nuestro placer, nuestras delicias, nuestra honra, nuestra gloria, nuestra luz, y la suprema felicidad."

Se queixa San Chrisóstomo de algunas divisiones que reinaban entre los Christianos; y para que se reconcillasen

les dice: "Respetad, hermanos míos, respetad la Sagrada mesa, de que todos participamos, y aquel Cordero sacrificado, cuya carne, despues de ofrecida, nos sirve de alimento del alma. Los mismos ladrones que comen juntos, dexan de robarse unos á otros, por haber asistido á una misma mesa. Esta union los transforma en cierto modo; y de crueles, que eran como tigres, vienen á hacerse mansos entre sí como corderos: y nosotros que comemos un Pan tan Santo y respetable á la misma mesa, no dexamos las armas unos contra otros, quando debiamos armarnos todos juntos contra el demonio como contra un enemigo comun. Esto es lo que todos los dias nos tiene tan flacos y cobardes, y lo que hace tan fuerte al demonio. Mas ¿cómo ha de cesar esta guerra contra nuestros hermanos? Esto sucederá, si os acordais, quando vais á decir alguna palabra ofensiva, que es un miembro de Jesuchristo aquel á quien deshonorais; que despedazais vuestra propia carne. Pero, ¿si él me tiene ofendido y agraviado? llorad por él. ¿Si me ha hecho una injusticia? suspirad por él; no por el agravio que os has hecho, sino por el que se ha hecho á sí mismo. Jesuchristo lloró á Judas; no porque le vendia, sino porque se perdia para siempre. Vuestro hermano os ha ultrajado; rogad, pues, á Dios, para que quanto antes le perdone. Es miembro de Jesuchristo como vosotros; y nació con vosotros en el seno de la misma Madre."

En el cap. 6. de la primera Epístola á los Romanos, notaremos: "que para ser verdaderos penitentes, debemos entregarnos tanto á Dios, como nos habiamos entregado al mundo: ser tan hijos de la santidad, como lo hemos sido de la impureza; tan dedicados á la justicia, como lo hemos estado á la injusticia: que aunque Dios nos haya perdonado las culpas pasadas, debemos todavia avergonzarnos de haberlas cometido: que con nuestra conversion, no solamente

quedamos libres de los excesos anteriores, sino que quedamos santificados; y esta santificación es una prenda de la vida y gloria eterna que esperamos: que, libres de la servidumbre de la culpa, tenemos esta libertad para servir en la novedad del espíritu, y no en la vejez de la letra: que por esto no se contentó Jesuchristo con mandarnos las mismas cosas que en la ley antigua: como es, el abstenernos de verter la sangre humana, sino que nos prohíbe hasta los movimientos de la ira. No solo prohíbe el adulterio, sino la mirada deshonesta; no solo prohíbe el perjurio, sino toda especie de juramentos: quiere que amemos á los amigos y á los enemigos. No tenemos ya, como los Judíos, una ley que condena, sino el espíritu que obra en nosotros, y nos auxilia. En tiempo de la ley se miraria como un prodigio un hombre que no se casase, y hoy no hay cosa tan comun en el mundo como la continencia. Apenas se hallaria entonces uno que despreciase la muerte, y hoy se ven pueblos enteros de Mártires; no solamente de hombres, sino de mugeres. Mas no se ha de atribuir toda la causa á la ley de Moysés, sino á la ingratitud y dureza de los que la recibieron. No es la ley, dice San Pablo, la que produjo los malos deseos; el pecado sí que tomó de la ley la ocasion de irritarse mas. Quando nos prohíben una cosa que deseamos, esta misma prohibicion nos la hace desear mas; pero estas nuevas ansias de nuestros deseos irritados, no vienen propriamente de la ley, la que solo prohíbe lo malo; sino que proviene de nuestra corrupcion, que abusando del precepto que prohíbe, saca contrarios efectos. Quando el Apóstol añade, que el pecado estaba sin la ley como muerto, no quiere decir otra cosa, sino que no le conocia con tanta claridad, hasta que se hizo la ley. Los que vivían antes de la ley conocian sin duda el mal que hacian; mas la ley se les hizo conocer despues mucho mas; y por consiguiente hizo

mas dignos del castigo á los que cometian el pecado. Luego no es la ley, sino la concupiscencia y la corrupcion interior del corazon, la que propriamente es manantial de todos nuestros males." Hace ver San Juan Chrisóstomo la necesidad de pelear siempre, añadiendo: "que si hay trabajo en la práctica de la virtud, es un trabajo facil y dulce; pero el que acompaña al pecado es muy amargo, y se le sigue la muerte: que no hay cosa que pueda preferirse á la paz, y á la buena conciencia: que la de los libertinos, aun en medio de los placeres sensuales, siempre está turbada con sustos: que el medio de vivir en la inocencia, es no despreciar los pecados mas leves; pues es mas facil abstenerse al principio del mal, que detener despues las consecuencias: que por esta razon condena Jesuchristo al que mira á una muger con mal deseo, usando de este rigor para impedir que caigamos en otro mayor mal, y para advertirnos que desde luego arrojemos al enemigo antes de darle tiempo para hacerse fuerte en nosotros, y ponerse en estado de no poderle arrojar."

Nos enseña con San Pablo en la homilia 14: "que debemos quitar la vida, no á la carne, sino á las acciones de la carne. Lo que entiende, no de las acciones que por sí mismas son indiferentes; como ver, oír, andar, sino de aquellas que son malas, ó nos inclinan al mal." Que nuestra carne debe estar sujeta á la ley del Espíritu Santo, el qual ha de ser tan dueño de nuestra vida, como el piloto lo es de la nave que gobierna: que si no vivimos en esta continua dependencia del Espíritu de Dios, perderemos presto la gracia de la Divina adopcion que recibimos en el Bautismo: que hay esta diferencia entre los Christianos y los Judíos: que estos tenían obligacion de lavarse amenudo el cuerpo con las purificaciones legales, siendo asi que los Christianos deben procurar purificar la conciencia, el corazon y los pensamientos. Aunque el pueblo de los Judíos tuviese el nombre de

212 DE LOS PADRES DE LA IGLESIA
BIBLIOTECA PORTATIL
212 I. *Hijo de Dios*, no obstante eran ellos tratados como esclavos; pero nosotros quando recibimos la adopcion de Hijos de Dios, recibimos tambien la verdadera libertad. Los Judíos quando oran, no llaman á Dios con la palabra *Padre*; pero nosotros, así los Presbíteros, como los Legos; y así los Príncipes, como los vasallos, todos le invocamos con este dulce nombre, y despues del feliz parto de la Virgen continuamente decimos: *Padre nuestro*. Tambien decimos esta oracion quando celebramos los Sagrados misterios: no solo por el mismo nombre de Padre nuestro, con que invocamos á Dios, nos hace ver San Pablo que somos hijos de Dios; tambien lo demuestra con el testimonio que el mismo Espíritu Santo nos da, y por la uncion interior de la suavidad que derrama en nuestras almas. La conclusion que saca el Apóstol de tan noble prerrogativa es, que si somos hijos de Dios, somos herederos del mismo Dios, y coherederos de su Hijo único; pero al mismo tiempo advierte la condicion precisa para conseguir una herencia preciosa, y es sufrir con Jesuchristo, para vernos glorificados con él. Estemos, pues, tan distantes de amar á las criaturas, y de aficionarnos á ellas, que continuamente suspiremos, al ver que se alarga nuestro destierro; lloremos porque habitamos en tierra extraña. ¿No será suficiente la grandeza de los bienes que Dios nos ha dado hasta ahora, los que San Pablo llama primicias del espíritu, para axcitarnos á desear lo demás?"

Sobre el capitulo 10 manifiesta San Chrisóstomo en la homilia 17 con el exemplo de Abraham, el que, con toda esperanza creyó y esperó ser Padre de muchos pueblos: "que es propiedad de la fe renunciar á los discursos humanos, y ajetar la razon á creer lo que es superior á la naturaleza, apoyándose en todo en el supremo poder de Dios. Quiere el Santo, que solo del Señor esperemos el premio: que no busquemos otra gloria, que la de Dios, que solamente es la

213 DE LOS PADRES DE LA IGLESIA. 213
verdadera: que le alabemos con nuestra buena vida; porque este modo de alabarle es mas eficaz, sin comparacion, que la hermosura del cielo: que pongamos á Jesuchristo en nuestros Testamentos en el número de nuestros herederos. Si no hemos tenido cuidado de sustentarle, durante la vida, demosle parte de nuestros bienes, á lo menos, quando estamos para dexarlos, y quando vamos á perder el uso de ellos. Como es Dios infinitamente bueno, será benigno con nosotros. Sin duda, sería mayor señal de amor, y mas digna de premio haber alimentado á Jesuchristo en sus pobres durante la vida. Pero si hemos faltado á esta obligacion, hagamos á lo menos lo posible, y nombrémosle por coheredero con nuestros hijos. Si así lo hiciésemos, será nuestro Protector, impedirá las violencias que les quieran hacer, dissipará todas las malas intenciones que pudieran formar contra ellos, y cuidará de que se cumplan todas las disposiciones que dexemos en nuestro Testamento, en atencion á lo que le hemos dado en este acto."

LIX. En el capitulo 12. de la Homilia 20. se ve de qué modo deben ofrecer los Christianos sus cuerpos, como una Hostia viva, santa y agradable á los ojos de Dios. "No quiere el Apóstol que ninguno se degüelle á sí mismo, como se hacia con las víctimas de la antigua ley; por lo que nos llama *Hostia viva*; y para distinguirla de las de los Judíos, la llama *santa y agradable á Dios*: porque siendo carnal el culto de los Judíos, no podia ya ser agradable al Señor. Nuestro cuerpo, pues, debe hacerse víctima con las buenas obras; no miren nuestros ojos lo malo; nuestra lengua no se emplee en conversaciones prohibidas; nuestras manos no cometan iniquidad; y de este modo se formará una oblacion santísima: mas esto no es lo suficiente, pues es necesario executar lo bueno: es preciso que la mano dé limosna, y que la boca bendiga á los que nos maldicen: ocúpen-

se los oídos en oír la palabra de Dios; y de este modo nada quedará impuro en la Hostia de nuestro cuerpo. ¿Qué quiere decir *el culto razonable*, del que habla el Apóstol, sino una sujeción espiritual á Dios, y una vida conforme á Jesu-
 christo? Así, pues, como aquel que sirve en la casa de Dios debe hacer una vida mas casta, así también nosotros debemos arreglar nuestra vida como los Ministros y Sacerdotes de Dios, ofreciéndole todos los días nuestros bienes, y haciendo el oficio de Sacerdotes, para sacrificar nuestro cuerpo, y presentarle por ofrenda las virtudes del alma, la modestia, la benignidad y la paciencia. Por un Sacrificio de esta naturaleza ofreceremos á Dios un culto razonable y espiritual, que nada tenga de corporal, grosero ni sensible.”

Explicando en la Homilía 21. lo que dice el Apóstol: *Prevenid los unos á los otros con testimonios de caridad.* “Estos testimonios hacen que nazca la caridad, y que se conserve. Nada gana tanto los corazones, ni hace tantos amigos, como el deseo de vencer á su próximo en condescendencia y señales de estimación. Esto no solo consigue que nos amen, sino que nos honren mas. Todos los demás bienes nacen de la caridad; mas esta caridad nace de los testimonios de honra que nos damos unos á otros; pero también estos mismos testimonios de honra nacen de la caridad.”

En la Homilía 22. dice: que el Apóstol después de haber arreglado la disposición en que deben vivir los Christianos entre sí, unidos ya con los lazos de la caridad, pasa mas adelante, y quiere que miremos á los que nos persiguen, como á personas que nos procuran grandes bienes. La paciencia en las injurias es algunas veces útil al mismo que las ha hecho. “Pues quando éste vea, dice S. Crisóstomo, que sufrís con alegría sus malos tratamientos, conocerá visiblemente que esperais otros bienes mas sólidos que

los de la vida presente. Y si sabe, que muy lexos de quedaros del mal que os ha hecho, hablais bien de él, sin duda dexará de perseguiros. Mas no bastará manifestar paciencia y benignidad para con nuestros enemigos, debemos también alegrarnos con los bienes de los otros, y tomar parte en sus penas, entrando en el gozo de los que se alegran, para confirmar su gozo, y mezclando nuestras lágrimas con las de los que lloran para aliviar su dolor. Otro aviso de grande importancia es, que no debemos ser sabios á nuestros propios ojos; esto es, que no debemos imaginar que tenemos suficiencia en nosotros mismos sin necesidad de nadie: porque no hay cosa mas proporcionada para arruinar la caridad y desviarnos de nuestros hermanos, como este sentimiento del amor propio. Dios ha arreglado todas las cosas de este mundo, de tal modo, que cada uno necesita de otro; y por sabio y prudente que sea un hombre, no puede pasarse sin el socorro de los demás. ¿No estamos viendo todos los días que un hombre sabio no conoce en algunas ocasiones lo que ha de hacer, y llega otro ignorante que le advierte lo que le conviene? Buenos exemplos de esta verdad tenemos en Moysés y su suegro, en Saúl y su criado.” Se extiende mucho San Pablo en las obligaciones de la caridad que debemos á nuestros enemigos.

En la Homilia 24. dice: que quando el Apóstol nos encarga que no cuidemos de nuestra carne para satisfacer sus deseos desordenados, solo tiene por fin prohibirnos las cosas que sobran para el uso necesario de la vida, y sirven unicamente para satisfacer á los malos deseos de la carne. Como si nos dixera: “No cuideis de vuestra carne para la sensualidad, sino para la salud: comed solamente lo necesario para mitigar el hambre; no useis otros vestidos que los que son precisos para cubrir el cuerpo. Arreglaos con tal templanza, que siempre esté pronto para cumplir

lo que le pide el espíritu. Si ignoraseis las cosas que os fuese imposible saber, tendríais excusa; pero si son cosas posibles, ó fáciles de saber, seréis castigados sin misericordia, por haberlas ignorado. Si no permitimos que nos rinda una voluntaria pereza, antes bien trabajamos por nuestra parte, Dios extenderá su mano, y nos descubrirá lo que debemos creer. Pero si no contribuimos con lo que nos es posible, no nos dará Dios su auxilio. Como tenemos que sufrir una infinidad de combates interior y exteriormente, necesitamos del consuelo de las Escrituras para conservar la paciencia, y con la paciencia la esperanza; pues estas dos virtudes se producen mutuamente. De la paciencia nace la esperanza, y de la esperanza la paciencia; pero una y otra nacen del consejo de la Escritura."

LX. Se cuentan las Homilias de San Chrisóstomo sobre la primera Epístola á los Corintios entre las obras mas excelentes del Santo, asi por la elegancia, como por la belleza y exáctitud. En ellas se ve un perfecto Orador, que nada omite de quanto hace á su asunto, y que sabe proporcionarse de tal modo al genio y capacidad de su auditorio, que llega casi siempre á persuadirle, y á cautivar su benevolencia.

En la Homilía 4. hace ver: "que la muerte de Jesuchristo adorna su triunfo; y que es infinitamente mas admirable; porque despues de haber muerto, triunfó de la muerte misma, que si se hubiera querido esentar de padecerla; y que asi como sanó la ceguera con una cosa que debia aumentarla, como es el barro; asi tambien por medio de la Cruz, que mas bien era medio de alejar de sí á los hombres, que de atraerlos, convirtió todo el mundo: que quando los Evangelistas advertian en sus escritos la baxeza de los Apóstoles, su timidez y sus defectos diéron una fuerte prueba de la verdad de la historia Evangélica: que si Só-

crates, y los demás sabios del mundo no pudieron establecer su doctrina entre los hombres, con haber perdido la vida por querer introducir otras nuevas; no se puede suficientemente admirar que unos simples pescadores sujetasen á la de Jesuchristo, no solamente los Griegos, sino tambien las mas bárbaras naciones.

Prueba San Chrisóstomo en la homilia quinta, que no siendo posible que los Apóstoles venciesen á los Filósofos con sus talentos naturales, es de una consecuencia necesaria que los venciesen con el socorro de la gracia divina. "Era preciso, añade este Padre, que hubiesen perdido el juicio si hubieran emprehendido por sí mismos, y sin asistencia de la gracia una obra tan grande, como era la de convertir todo el mundo. Un Theodas y un Judas, que perecieron miserablemente con sus discípulos, eran exemplo suficiente para imprimir grande temor en los Apóstoles, y para apartarlos de empresas tan extraordinarias, sino estuvieran por otra parte persuadidos á que en semejantes ocasiones no se podia conseguir la victoria sino con la virtud divina: tambien era preciso, que para exponerse á tantos peligros, tuviesen á la vista los bienes eternos, y que les constase que las cosas que anunciaban de Jesuchristo habian pasado como las decian; pues de lo contrario hubieran irritado contra sí al mismo Dios, y atraído sobre sus cabezas los rayos del cielo. ¿Si Jesuchristo no hubiera resucitado, qué razon hubieran tenido los Apóstoles para publicar su Resurreccion? Me dirán, que la razon era que le amaban; mas yo digo, que mas bien hubieran tenido razon para aborrecerle, por haberlos engañado, sacándolos de sus casas, y haciéndoles abandonar todas las cosas con una falsa esperanza de mucho tiempo. Si los Judios diéron dinero á los soldados que guardaban el sepulcro, para que dixesen que habian arrebatado sus discípulos el cadaver: ¿qué honras y

qué recompensas no hubieran dado los Judios á los discípulos del Señor, si hubieran querido declarar publicamente que no habia resucitado? Supuesto, pues, que pudiendo conseguir tan grandes ventajas con negar que Jesuchristo habia resucitado, y mas bien quisieron exponerse á una infinidad de ultrajes y peligros, publicando su resurreccion, es preciso que estuviesen muy persuadidos, y aun, que sintiesen el impulso de una virtud divina, que es mas poderoso que todas las consideraciones terrenas. Todo el mundo tenia conocimiento de la pasion de Jesuchristo; le habian visto clavado en la cruz en el medio del dia, en una ciudad Capital, en el dia de la mayor fiesta, á la que no podian faltar todos los Judios: mas solamente sus discípulos habian sido testigos de su resurreccion. Todos, así Soldados, como Judios decian á una voz que le habian robado. ¿Cómo, pues, pretendian los Apóstoles persuadir á todo el mundo que habia resucitado? Si los Soldados, no obstante los milagros que vieron al tiempo de su resurreccion, se resolvieron á publicar lo contrario, ¿qué medio les quedaba á los discípulos para pretender persuadir á todo el mundo sin el socorro de los milagros, siendo así que no tenían ni un solo dinero para corromper testigos? Si nos dicen que no hicieron milagros, es preciso confesar que hay otro milagro mucho mas grande en haber persuadido sin este auxilio á toda la tierra. Otra señal del poder divino en el establecimiento del Christianismo, es que tenían los Apóstoles por enemigos de la predicacion del Evangelio, no solo á los Judios, sino tambien á los Romanos, los quales no querian que se reconociese otro Rey que al Cesar. Por otra parte, lo que iban á predicar de Jesuchristo, nada tenia de recomendable delante de los hombres: habia sido crucificado, y habia nacido de una muger Judia, desposada con un Carpintero. Esto es lo que predicaban; y no obstante, salie-

ron con su empresa, haciendo cosas muy superiores á las fuerzas humanas; luego no puede dudarse que una gracia del todo divina fué la que obró efectos tan grandes. Obie-
Continúa San Chrisóstomo en la hemilia sexta las pruebas de la verdad de nuestra Religion. « Si buscáis señales y milagros, aun ahora los hallareis; si considerais el grande número de profecías que refiere la Escritura, y reflexionais en la conversion de toda la tierra, en la filosofía christiana que enseñaron, en la mutacion de costumbres de los hombres mas rústicos y selváticos, y en los admirables progresos de la piedad en todo el mundo. Todas estas cosas estaban ya profetizadas, y se han cumplido, como tambien las que hizo Jesuchristo sobre la duracion y firmeza inexpugnable de su Iglesia: ¿quién duda que no se hubieran cumplido si hubiesen sido invenciones del entendimiento humano? Si Jesuchristo no estuviera siempre con su Iglesia, como lo prometió, jamas hubiera podido esta vencer los enemigos que se han levantado contra ella, no hubiera sido posible que el Evangelio se extendiese por toda la tierra como ha sucedido. Por otra parte, si miramos á los que han escrito contra nosotros, como Celso y otros, reconocemos suficientemente por sus mismos escritos, la antigüedad de nuestros libros santos; pues no hay duda que no habian de pretender refutar unos escritos que hubiesen venido despues de ellos: por otra parte, no hubiera sido tan unanime el consentimiento desde una extremidad del mundo á otra, si no hubiera obrado la gracia del Espíritu divino, y muy presto se hubiera descubierto la trampa de los inventores de esta nueva doctrina. Ademas de esto, todas las profecias que pertenecen al establecimiento del Evangelio por toda la tierra, no las hicieron los primeros Christianos, sino que ya muchos siglos antes las habian anunciado los Profetas mas antiguos. Este es un hecho que no se puede negar; porque

los libros que contienen estas profecías todavía están en manos de nuestros enemigos, y los Griegos que siempre han sido curiosos tuvieron el cuidado de traducirlos á su lengua. ¿Pues cómo, me direis, no todos los hombres creen ya el Evangelio? No debemos, dice San Chrisóstomo, atribuir la causa á otros que á nosotros mismos; porque desde el principio de la Iglesia se convertían á la fe los infieles, no tanto porque veían milagros, quanto con el exemplo de la buena vida de los Christianos. Hacían estos una vida angélica, y si nosotros viviéramos al presente como ellos, convertiríamos toda la tierra sin el auxilio de los milagros.

En la homilía séptima insiste mucho San Chrisóstomo sobre la dificultad de destruir las costumbres antiguas, principalmente las que pertenecen á los puntos de la Religión, y advierte cuánto mas difícil hubiera sido para los Apóstoles arruinar estas costumbres sin el socorro de la virtud divina. » Dice, que no solo tenían que mudar una costumbre inveterada en el mundo, sino hacer que los hombres pasasen de una costumbre que no les amenazaba con peligro alguno, á un modo de vivir expuesto á una infinidad de males. A la verdad, todos los que entonces abrazaban la fe, se exponían al mismo tiempo á ser proscriptos y arrojados de su país; á perder sus bienes, y sufrir todo género de males y de injurias; á ser aborrecidos de todos, y considerados como enemigos comunes, así por los extraños como por sus parientes. Aun había mas, y era la dificultad de los preceptos que los Apóstoles imponían, los que siempre tiraban á retraer los hombres de las sensualidades para llevarlos á la templanza, y hacerlos pasar del amor de la vida al amor de la muerte; de los placeres y el regalo á la sobriedad; de las risas y contentos á las lágrimas, y la compuncion del corazón; de la avaricia á la pobreza y al des-

prendimiento de los bienes de la tierra; de la tranquilidad y seguridad al temor y á los peligros. Por último, pedían los Apóstoles una extrema pureza de vida, así en las palabras, como en las acciones. Con todo eso, aquellos á quienes predicaron esta doctrina, la recibieron con gusto, y aun muchos de ellos se aventajaron sobre los preceptos mas difíciles. ¿Quién, pues, continúa S. Chrisóstomo, los hubiera hecho tomar esta resolución, sino los hubiera empeñado en ella la virtud del que les predicaba? Puede ser, me dirán algunos, que los Apóstoles moviesen y arrebatasen á sus oyentes con la grandeza de las promesas, ó que los deslumbrasen y engañasen con el ruido y las promesas de sus palabras. Mas todos conocerán que esto no puede decirse con razon, si se advierte que lo que entonces predicaban eran cosas duras y repugnantes á la inclinacion de los que abrazaban la fe, y quedaban muy expuestos á cada instante; siendo así que los bienes que les prometían eran para lo venidero, y solo podían gozarlos despues de la resurreccion. No se ve que los primeros que se convirtieron formasen dificultad alguna sobre la doctrina que les predicaban, ni que pidiesen pruebas de la realidad de los bienes que les prometían en la otra vida. Por el contrario, diéron la vida por defender la Religión del Crucificado; y esta es la señal mas grande de la virtud divina, haber persuadido en tan poco tiempo á unos hombres que jamas habían oído cosa semejante, y haberles dado la resolución de exponerse á los males presentes por unos bienes que solo estaban en la esperanza. Nadie me diga que era facil en los Apóstoles persuadir lo que quisiesen á un pueblo rústico é ignorante; todo el mundo sabe que no se componía la Iglesia entonces de sola esta especie de personas: mas quando hubiera sido así, no por eso merecerían menos admiracion los Apóstoles por haber persuadido á los ignorantes y groseros una doctrina,